

VASCONCELOS Y RAMOS EN LA FILOSOFÍA MEXICANA

Desde hace algunos años que la filosofía mexicana va contando en el panorama de la filosofía contemporánea. La filosofía mexicana, al igual que la argentina, brasileña, peruana y de algunos otros países de la América Latina, tiene ya presencia en los balances que se hacen respecto a la filosofía contemporánea en general. En importantes revistas especializadas en filosofía, tanto en Francia como en Italia y Alemania, en los últimos diccionarios filosóficos y en algunas historias de la filosofía contemporánea, como la de Michele Federico Sciacca, la filosofía latinoamericana, y con ella la mexicana, merece ya alguna mención, estudio, fichas o capítulos. Claro que aún se discute la originalidad de esta filosofía, pero se acepta algún modo o forma de aportación de la misma. Como dice Sciacca, en su libro *La Filosofía, Oggi*: "Todavía no se puede hablar de originalidad, pero es muy significativo el hecho de que hoy día se considere a la filosofía como la forma más alta de actividad intelectual, sin la que no puede haber una verdadera cultura, dado que cada disciplina particular, cualquiera que sea, plantea el problema de su método, de su objeto y de su significado, problemas todos ellos que son iluminados adecuadamente por la investigación especulativa. Darse cuenta de la importancia decisiva y absoluta de la filosofía en la vida intelectual es ya seguro indicio de madurez filosófica; y acaso sea ésta la verdadera *originalidad* de la filosofía latinoamericana reciente". "A los jóvenes no se les puede exigir la plena madurez; lo que importa es que sepan lo que es madurez filosófica. Y ésta es, para nosotros, la importancia de la actual filosofía latinoamericana y su *originalidad*, aunque todavía incipiente y, en parte, implícita." Y en otro lugar agrega Sciacca: "Entre los países hispanoamericanos, México, junto a la Argentina, es el que ha hecho las mejores aportaciones a la actividad filosófica. Muerto Antonio Caso, el pensador de mayor resonancia en la actualidad es José Vasconcelos". Ahora bien, agrega, "tanto Caso como Vasconcelos, pertenecen al llamado 'movimiento americanista y nacionalista'." Y a este movimiento, que también es común en otros países iberoamericanos, "se han asociado pensadores de otras corrientes, como Samuel Ramos".

Así es, en Caso y Vasconcelos se inicia la gran preocupación por lo que sea la realidad concreta que nos circunda; preocupación que alcanza un extraordinario jalón, por lo que se refiere a la circunstancia mexicana en concreto, con Samuel Ramos, a partir del cual surgen los trabajos que darán un perfil más original a la filosofía en México en relación, especialmente, con la obra que en el campo de la filosofía se realiza en otros lugares de la América

Latina. *La raza cósmica* y *El perfil del hombre y la cultura en México*, respectivamente de Vasconcelos y de Ramos, son hitos, puntos de partida, de muchos de los trabajos que se han realizado y se realizan en torno a la realidad americana en general o a la mexicana en particular. Esto es, pensamiento que independientemente de que llene o no las características que hacen del pensar filosofía ha dado origen a reflexiones que, partiendo de una realidad concreta, se van elevando a lo que con el tiempo podrá ser considerado como indiscutible pensar filosófico. Paso que ya se hace sentir entre la obra de José Vasconcelos y la de Samuel Ramos. Lo que en Vasconcelos es todavía genial despliegue de las intuiciones de un latinoamericano sobre América, se transforma en preocupación racional y, por ende, filosófica en Samuel Ramos, al enfrentarse a la realidad mexicana, con los mismos títulos de legitimidad con que lo hacen los filósofos europeos contemporáneos, que han tomado conciencia de la historicidad de la naturaleza humana y, por ende, de sus máximas expresiones como la filosofía. Allí está ya, en el horizonte de la filosofía contemporánea, el historicismo, justificando la preocupación filosófica que parte de lo concreto, de lo más concreto que es el hombre que piensa y la circunstancia pensada, para elevarse a lo más auténticamente universal, a lo que es o puede ser válido para todos los hombres insertos en una circunstancia más amplia, con independencia de sus circunstancias concretas y particulares, como puede ser lo humano en general, la humanidad, etc.

Así, con su intuición el uno y con su preocupación racional el otro, Vasconcelos y Ramos ofrecen los primeros frutos de un filosofar al que los mismos filósofos europeos reconocen originalidad, al menos un mínimo de ella. Claro es que para una sensibilidad como la del filósofo alemán, el conde de Keyserling, la obra de Vasconcelos llenaba los requisitos de la originalidad, y expresaba esta originalidad en su interpretación respecto a lo que podría ser el futuro de esta América. "José Vasconcelos —decía Keyserling en sus *Meditaciones suramericanas*—, el ideólogo más original hasta ahora en Suramérica." Vasconcelos era el filósofo que había captado, con toda su pujanza, el mundo irracional que se presentaba ante los ojos del pensador europeo. Otra debería ser la actitud de Samuel Ramos, más discreta pero no menos importante, una toma de conciencia, con el instrumental propio de la filosofía y la psicología moderna, de lo que era el hombre de México y su cultura.

Pero hay algo más, Vasconcelos y Ramos se encuentran igualmente ligados en función con una etapa de la historia de México, de la que ambos son expresión cultural. Esta etapa lo es la Revolución mexicana de la que Vasconcelos es uno de los protagonistas. La Revolución que ofrece a Vasconcelos la oportunidad para actuar en el campo de la praxis. Es la Revolución que hace de Vasconcelos su ideólogo y orientador espiritual en una de sus más violentas etapas, pero en la que se va apuntando el sentido nacionalista

que la ha de caracterizar en todas sus expresiones, especialmente en las culturales. Desde el Ministerio de Educación inicia Vasconcelos la gran tarea educativa del nuevo México que, al trascender a la América Latina le hace merecer el título de "Maestro de la Juventud de América". Es bajo los auspicios de la Revolución en esta etapa, bajo la égida cultural de Vasconcelos, que surge el gran movimiento cultural nacionalista, del cual va a ser expresión filosófica Samuel Ramos. "Era un movimiento nacionalista —dice Ramos— que se extendía poco a poco en la cultura mexicana. En la poesía con Ramón López Velarde, en la pintura con Diego Rivera, en la novela con Mariano Azuela. El mismo Vasconcelos, desde el ministerio de educación, había hablado de formar una cultura propia y fomentaba todos los intentos que se comprendían en esa dirección."

Fue este movimiento, impulsado por Vasconcelos, el que provocó la preocupación de Samuel Ramos sobre lo que podría ser un filosofar enfocado hacia esa realidad puesta a flote por la pintura, la poesía y la novela. Pero ¿era esto posible? "Entretanto la filosofía —sigue diciendo Ramos— parecía no haber dentro de ese cuadro ideal del nacionalismo porque ella ha pretendido colocarse en el punto de vista universal humano, rebelde a las determinaciones concretas del espacio y tiempo, a la historia." Esta tarea, sin embargo, ya había sido iniciada, aunque fuese sólo intuitivamente, sin apoyos propiamente filosóficos, por Vasconcelos y, en muchas de sus reflexiones, por Antonio Caso. Pero iba a ser Samuel Ramos el que encontrase y diese a este pensamiento un fundamento filosófico, de acuerdo, nada menos, con las últimas expresiones de la filosofía por excelencia, la filosofía europea. Este fundamento lo iba a dar el historicismo y, más tarde, otras corrientes similares hasta el existencialismo. Ramos encontraría éstas en la filosofía del español José Ortega y Gasset y en las últimas corrientes filosóficas divulgadas por este mismo pensador en la *Revista de Occidente* y en sus publicaciones. El filósofo hispano, dice Ramos, vino "a resolver el problema mostrando la historicidad de la filosofía en *El tema de nuestro tiempo*. Reuniendo estas ideas con algunas otras que había expuesto en las *Meditaciones del Quijote*, aquella generación mexicana encontraba la justificación epistemológica de una filosofía nacional".

¿Estaba reñida esta filosofía con la universalidad que había pretendido expresar la filosofía desde los tiempos clásicos? No, desde luego que no. La generación a la que pertenecía José Vasconcelos había ya caído en cuenta sobre la falsa universalidad de que había hecho gala la filosofía europea y, con ella, toda su cultura. Algunos años más tarde los propios europeos tomarían conciencia de este hecho, conciencia que se expresaría filosóficamente en el historicismo. El historicismo como filosofar de una conciencia en crisis que en México, y en la América Latina, sólo vendrá a dar fe de lo que ya era una sospecha. Se trataba de una extraña universalidad que exigía reco-

nocimiento total, pero no estaba dispuesta a ofrecer semejante reconocimiento a expresiones de lo humano que no fueran las de los autores de esa exigencia. Serían necesarias dos grandes guerras mundiales para que la filosofía occidental reconociese las limitaciones de su universalidad y la posibilidad que tenían otros pueblos para colaborar en su más plena y auténtica realización. Contra esta universalidad amurallada, y por lo mismo estrecha, habían venido hablando Caso, Alfonso Reyes y Vasconcelos.

En 1930, en una conferencia ofrecida por Vasconcelos en el Instituto Hispano-Cubano de Cultura de La Habana, el maestro hablará, nada menos que sobre la *Necesidad de una filosofía iberoamericana*. En dicha conferencia mostraba cómo la hora para hacer una filosofía iberoamericana, más auténticamente universal, había llegado. "Hay factores —dijo en esta ocasión— que nos demuestran que ha llegado para América el momento de dedicarse a la filosofía y para ello debemos utilizar las técnicas de otras naciones como Alemania, viejas culturas que ya no pueden inventar, pero sí se pueden emplear sus métodos." Allí estaba, para probarlo, esa gran expresión del historicismo filosófico, Oswald Spengler con su comentado y discutido libro *La decadencia de Occidente*, en el que se hablaba del nacimiento, juventud, madurez y muerte de las culturas y sus expresiones como la filosofía. Una muerte que no implicaba la muerte del mundo, el término de la historia humana, sino sólo el punto de partida para que otras culturas, y otros hombres, hiciesen su parte. La cultura y todas sus expresiones formaban parte de las tareas del hombre, de la Humanidad, de todos los hombres, de todos los pueblos. Un quehacer permanente que no podría terminar sino con la misma Humanidad. Allí, entre esos quehaceres, está la filosofía. Una filosofía en cuyo desarrollo podían y debían participar todos los pueblos. "La filosofía —dice Vasconcelos— es eterna y está esperando siempre la contribución de todos los pueblos." Y para esta contribución, agregaba, "nosotros en América estamos en una posición ventajosa para construir".

¿Por qué? Para dar respuesta a esta pregunta Vasconcelos hacía referencia a la tesis expuesta en su *Raza cósmica* publicada unos años antes, en 1925. El iberoamericano tenía una gran ventaja sobre el occidental, el europeo, y concretamente, el anglosajón: un amplio espíritu de comprensión, libertad espiritual ajena a todo prejuicio, ajeno a los prejuicios que limitaban la decantada universalidad de la cultura europea; ajeno a las limitaciones y murallas que caracterizaban la conciencia europea independientemente de sus pretensiones de universalidad. Preguntad, dice, a un niño de nuestros pueblos, ya sea de Cuba, Colombia, México o la Argentina, sobre los hombres que en su opinión son los más grandes de la historia y sin titubear os dirá: "Sócrates, Platón, el Dante...". Pero "hacedle la misma pregunta a un niño norteamericano y dirá: Edison, Lincoln o Henry Ford. Lo mismo acontece con el francés y de otras nacionalidades. Y es que en filosofía esos pueblos

están llenos de prejuicios de raza y no prescinden de englobar a personalidades nacionales, no tienen la libertad espiritual de nuestra raza, que no arrastra prejuicios”.

Todos los pueblos, todas las culturas, todas las razas, construyen la filosofía que expresa su sentido y visión del mundo, por eso la filosofía iberoamericana tendrá que ser una filosofía auténticamente universal, sin prejuicios, sin los prejuicios nacionalistas o raciales de otros pueblos. Pero ¿cómo iniciar esta filosofía? Reflexionando sobre sí mismos, descubriendo el espíritu que se expresa por nuestra raza y cultura. De esta manera descubriremos nuestras grandes posibilidades para colaborar en una tarea que es común a todos los pueblos y hombres. “Comencemos —dice Vasconcelos— haciendo vida propia y ciencia propia. Si no se liberta primero el espíritu, jamás lograremos redimir la materia.” El espíritu, matriz de lo universal, tendrá que dominar la materia que limita y crea murallas. Tal es, o puede ser, la misión de la filosofía iberoamericana. Es menester, dice el maestro mexicano, cultivar un pensamiento que domine la materia. Si es posible, que contraríe a la materia o, al menos, que sea capaz de “convertir lo físico al ritmo de la emoción y al propósito inmaterial: he ahí la dinámica de una filosofía americana”.

En esta tesis de Vasconcelos aflora, también, una vieja idea grata a su generación, a la Generación del Ateneo, en su lucha contra el positivismo. El positivismo era visto como la filosofía de lo material, de lo limitado, y su expresión ética, por esta misma razón, lo era el egoísmo. Frente a este egoísmo se oponía el desinterés de Antonio Caso o la libertad creadora de Vasconcelos. “Nada definitivo —decía Vasconcelos— podemos esperar de la materia. Ya que ella es el tipo de lo perecedero.” Por esa razón, el “impulso vital, que es contrariante de la ley de la degradación de la energía, no puede ser material: es por definición misma inmaterial. La vida es, entonces, una corriente en crecimiento perpetuo, una creación que se persigue sin fin”. Esto es, universalidad, la más auténtica universalidad.

Y es desde este punto de vista que el iberoamericano, por sus raíces, por su historia, parece ser el más avocado a crear una auténtica filosofía universal, como expresión de la cultura de una raza llamada a ser crisol de razas y culturas. A esto se refiere Vasconcelos en su *Raza cósmica*. Una raza que ya se expresa en el hombre latinoamericano; una raza mestiza y capaz de mestizarse y mestizar a otras razas y culturas. Estos pueblos, los pueblos de la América latina o ibera, tienen esta capacidad porque han sabido cumplir su misión de raza crisol: asimilación, mestizaje; a diferencia de otras razas más limitadas, más apegadas a la materia que es la expresión de lo limitado, de lo que se puede renovar y recrear.

Frente a Iberoamérica está la América sajona, la América formada por una raza que, lejos de llevar a otras tierras un espíritu de universalidad, de

asimilación cósmica, sólo se preocupó por hacer de América otra Inglaterra con sus limitados intereses y su espíritu discriminatorio. Allí está esa raza, destruyendo o discriminando a otras razas distintas de la suya, mientras en el sur de esta misma América el mundo ibero se amplía y asimila a otros hombres sin importarle que sean de otra raza o de otra cultura. Allí está, en el Norte, una cultura limitada y egoísta aplastando todo lo que se oponga a su desarrollo; y allí, en el Sur, una cultura que, con el evangelio, trata de asimilar a razas distintas de la suya, cultura crisol abierta a la plena universalidad. "Hacer un mundo inglés —dice Vasconcelos—; exterminar a los rojos para que en toda América se renueve el norte de Europa hecho de blancos puros, no es más que repetir el proceso victorioso de una raza vencedora. . . ; pero esto no resuelve el problema humano; para un objetivo tan menguado no se quedó en reserva cinco mil años la América. El objetivo del Continente nuevo es más importante. . . construir la cuna de una raza. . . en la que se fundirán todos los pueblos." ¿Qué pueblo o pueblos podrán ser los llamados a realizar esta fusión? En opinión de Vasconcelos, los pueblos latinoamericanos: "Los pueblos llamados latinos, por haber sido más fieles a la misión divina, son los llamados a consumarla. Y tal fidelidad al oculto designio es la garantía de nuestro triunfo." Los pueblos latinos que dieron origen a esta América, lejos de seguir los pasos de los anglosajones, hicieron posible el mestizaje que ahora les capacita para hacer de crisol humano. "Se hizo en el bando latino lo que nadie pensó hacer en el continente sajón." En el bando latino imperó y siguió imperando la tesis contraria a la sajona de "limpiar la tierra de indios, môngoles y negros para mayor gloria y ventura del blanco".

Vasconcelos, con desbordada fantasía, sueña en un lugar de América en que se han de unir todas las razas. Y este crisol sólo podrá encontrarse en un lugar en que predomine la raza que acepta la universalidad del hombre, lo humano por excelencia. Allí está la rica y perdida zona del Amazonas, la zona bajo la hegemonía ibera y que ha de ser conquistada por esta raza. Allí ha de formarse la raza universal, allí está el gran crisol. "Conviene —dice— que el Amazonas sea brasileño, sea ibérico, junto con el Orinoco y el Magdalena. Con los recursos de semejante zona, la más rica del globo en tesoros de todo género, la raza síntesis podrá consolidar su cultura. El mundo futuro será de quien conquiste la región amazónica. Cerca del río se levantará Universópolis y de allí saldrán las predicaciones, las escuadras y los aviones de propaganda de buenas nuevas." Pero, "si el Amazonas se hiciese inglés, la metrópoli del mundo ya no se llamaría Universópolis, sino Anglotown, y las armadas guerreras saldrían de allí para imponer en los otros continentes la ley severa del predominio del blanco de cabellos rubios y el exterminio de sus rivales oscuros". "Solamente —agrega— la parte ibérica del continente dispone de los factores espirituales, la raza y el territorio que son nece-

sarios para la gran empresa de iniciar la era universal de la Humanidad." Y termina en su libro hablando de alegorías que representan los esfuerzos por los cuales llegará "América, antes que en parte alguna del globo, a la creación de una raza hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza finalmente cósmica".

En su *Indología* insiste en su tesis, en el espíritu universalista de la raza latina en contraposición con el nacionalismo y materialismo estrecho de los pueblos occidentales, concretamente los sajones. "Yo creo —dice— que corresponde a una raza emotiva como la nuestra sentar los principios de una interpretación del mundo de acuerdo con nuestras emociones. Ahora bien, las emociones se manifiestan, no en el imperativo categórico ni en la razón, sino en el juicio estético, en la lógica particular de las emociones y belleza." Esta cultura, fundada en el sentimiento, en la emoción y la estética, podrá elevarse sobre el racionalismo que limita y sobre la materia expresión de toda limitación, para elevarse a lo universal, a la raza síntesis. Una cultura que con "la sangre de todos los pueblos" y con su genio "tendrá su asiento en la parte ibérica del Continente Americano".

De esta manera, a partir de un hombre concreto, el iberoamericano, y de una cultura concreta, la ibera, se eleva Vasconcelos a la universalidad; pero no a una universalidad limitada y abstracta, sino a una universalidad que sólo lo es en la medida en que abarca a otras culturas y hombres. Por esta razón el nacionalismo cultural mexicano y latinoamericano, del que es expresión Vasconcelos, dista mucho de ser del tipo del nacionalismo europeo u occidental por él criticado. Nacionalismo sí, pero sólo en cuanto se exige, como punto de partida para el logro de lo universal, como toma de conciencia del cual ha de derivarse ese paso a la universalidad. Es contemplándose a sí mismo que el mexicano, y el latinoamericano, se ha de encontrar con sus semejantes. Es tomando conciencia de su humanidad, con sus posibilidades y limitaciones, que podrá tomar también conciencia de la humanidad de otros hombres. Sólo el hombre o pueblo que sabe lo que es puede exigir y dar reconocimiento a otros hombres y pueblos. No se vuelve sobre sí mismo para quedarse en sí mismo, sino para encontrarse allí, con los otros, con los que le son semejantes.

Samuel Ramos, precisamente, hace hincapié en esta relación de lo humano concreto con lo humano universal. Su libro, *El perfil del hombre y la cultura en México*, es una requisitoria contra el nacionalismo estrecho, contra el nacionalismo del que se acusa al europeo y al occidental en general, a pesar de sus pretensiones de universalidad. Ramos teme que este nacionalismo se presente en México; la Revolución, en sus inicios y como natural reacción contra el porfirismo que imitaba formas culturales que le eran ajenas, contra el falso europeísmo, se va orientando hacia un nacionalismo cerrado, chauvinista. Contra este nacionalismo, que amenaza a México, se

endereza su discutido libro. Psicoanaliza a su pueblo y saca a flote las verdaderas razones que mueven a los mexicanos al nacionalismo gritón y valentón. Detrás de estas actitudes, detrás de este "machismo" que nada tiene que ver con la varonía, se oculta un complejo de inferioridad. El mexicano teme, precisamente, enfrentarse al mundo, aceptar la responsabilidad que implica ser hombre entre hombres, pueblo entre pueblos, parte de la más auténtica universalidad. "Nuestra vida espiritual —dice Ramos— debe huir igualmente de la cultura universal sin raíces en México, como también del *mexicanismo* pintoresco y sin universalidad."

Tanto el europeísmo, de que hizo gala el porfirismo, como el nacionalismo chauvinista que amenazaba a México negaban las más auténticas posibilidades de universalización del mexicano de que había hablado Vasconcelos como miembro de la comunidad ibera. Europeísmo y nacionalismo no son sino formas extremas de una realidad que se encuentra entre ambos. "Es un rasgo característico de la psicología mexicana —dice Ramos— inventar destinos artificiales para cada una de las formas de la vida nacional. Es cierto que nuestro europeísmo ha tenido mucho de artificial, pero no es menos falso el plan de crear un mexicanismo puro. Nunca toma en cuenta el mexicano la realidad de su vida, es decir, las limitaciones que la historia, la raza, las condiciones biológicas imponen a su porvenir. El mexicano planea su vida como si fuera libre de elegir cualquiera de las posibilidades que a su mente se presentan como más interesantes o valiosas. No sabe que el horizonte de las posibilidades vitales es sumamente estrecho para cada pueblo o cada hombre. La herencia histórica, la estructura mental étnica, las peculiaridades del ambiente, prefijan la línea del desarrollo vital con una rigidez que la voluntad de los individuos no puede alterar. A esta fatalidad la llamamos destino. El mexicano es un hombre que durante años se ha empeñado en contrariar su destino."

"Ahora —agrega Ramos— se propone crear una cultura, una vida mexicana; utopía mayor que la otra, porque esto supone que se puede sacar algo de la nada, a menos que se pretenda reinventar de nuevo todo proceso de la cultura comenzando por la edad neolítica." Ni imitar, ni sacar de la nada. Hay que contar con lo que rodea al hombre, pero para adaptarlo al espíritu que le es propio. Es menester dar a la cultura mexicana su sello peculiar, es cierto; es menester sacar a flote sus posibilidades, su personalidad, aquello que ha de ser su aporte a lo universal de que es parte; pero sin quedarse en esas peculiaridades, sin hacer, de lo que debe ser un medio, el último fin. La idea es buena, pero no parte, dice Ramos, "de donde lógicamente debía partir: del conocimiento del hombre mexicano". Y es, precisamente, esta falta de conocimiento la que ha originado las actitudes "que disputan con pasión acerca de las normas que deben adoptarse para la cultura de México: la de los nacionalistas y la de los europeístas".

Deben evitarse estos extremos, peligrosos extremos que amenazan al mexicano y su cultura. La solución debe ser la intermedia, la de la adaptación de la cultura universal a las peculiaridades propias de la realidad mexicana: la asimilación. "El pecado original del europeísmo mexicano —sigue diciendo Ramos— es la falta de una norma para seleccionar la semilla de la cultura ultramarina que pudiera germinar en nuestras almas y dar frutos aplicables a nuestras necesidades peculiares." La norma para esta asimilación debe darla la misma realidad. De aquí la necesidad de tomar conciencia de esa realidad. Una realidad que no debe ser menospreciada, ni tampoco sublimada, sino tomada en su más plena autenticidad. El mexicano debe volver sobre sí mismo y la circunstancia que le ha tocado en suerte, pesando y analizando sus posibilidades para adaptar a ellas la cultura universal que ha de ser asimilada, y de cuya asimilación ha de surgir la más auténtica cultura mexicana. "Para cumplir ese destino —sigue diciendo Ramos— es necesario, primero, librar a los mexicanos de los complejos inconscientes que hasta hoy han cobijado el desarrollo de su ser verdadero."

Tal es lo que se propuso Ramos, liberar a los mexicanos de complejos que amenazaban la realización de esa cultura, que en vano trataba de alcanzar por la imitación o por el nacionalismo estrecho. El europeísmo del pasado, y el nacionalismo del presente, no eran sino expresiones extremas de esos complejos, formas falsas con las cuales ocultaba lo que les era más auténtico. La denigración y la sobreestimación eran expresiones de la falta de confianza del mexicano en sus propias posibilidades, formas de eludir una realidad a la que temía enfrentarse por considerarla inferior a sus pretensiones. "Es fácil —dice Ramos— destruir tales complejos nocivos, procedentes de una injusta autoestimación de valores realizada a través de criterios europeos. Si el mexicano tiene una idea deprimente de su valía, es porque se ha fijado en valores de comparación que, como es natural, cambian de magnitud, de acuerdo con el punto de referencia que se adopte. La unidad de medida no debe buscarse en hombres de otros países y otro grado de cultura. Cada hombre puede prolongar idealmente las líneas de desarrollo de sus cualidades potenciales hasta el límite máximo de su perfección y obtener, así, una prefiguración ideal de lo que es capaz de ser." Por ello, agrega, "cuando tales complejos deprimentes se desvanezcan, desaparecerá automáticamente el falso carácter que, como disfraz, se superpone al ser auténtico de cada mexicano para compensar los sentimientos de desvalorización que lo atormentan. Comenzará entonces una segunda independencia, tal vez más trascendente que la primera, porque dejará al espíritu en libertad para la conquista de su destino".

De esta manera queda aclarado y asentado el nacionalismo cultural de que es expresión la filosofía de Vasconcelos, Caso, Reyes, Ramos y los que han seguido su línea de reflexión hasta nuestros días. Nacionalismo sólo en

cuanto es un abandono de lo puramente imitativo y una reflexión sobre la propia realidad, una toma de conciencia de sí mismo; pero no para erigirse en modelo, en arquetipo, ante el cual han de justificarse otros hombres y otras culturas; sino para encontrar en sí mismo a los otros, para saberse semejante a ellos y colaborar en tareas que han de ser comunes a todos los hombres. Tal ha sido el punto de partida de culturas cuyo reconocimiento ha sido universal. Universal porque en sus expresiones se han encontrado otros hombres, en ellas se han reconocido y las han considerado, por esta razón, como propias. Allí están los grandes ejemplos, dice Ramos, de la música rusa, la pintura española y otros, "en los cuales precisamente cuando el artista acierta a captar las notas más individuales de su raza, en ese mismo instante su obra adquiere una trascendencia universal". Por ello, agrega, "la norma del nacionalismo debía ser ésta: acendrar nuestra vida propia, sin menoscabo de acercarla al plano de las formas universales".

Ramos estaba, al igual que Vasconcelos, por una reflexión que se enfrentase a la realidad y el ser propio de la cultura y el hombre de México; pero, como ya decíamos, para elevar esta realidad al plano de lo universal, de lo que tiene o puede tener en común con otras culturas y otros hombres. Y el peligro que se apuntaba, insistimos, no era ya el de la imitación europeísta del pasado, sino en hacer de esta realidad descubierta el centro de toda preocupación y reflexión, creando las murallas que impiden acercarse a la comprensión de otras culturas y hombres. "El peligro de ciertas corrientes actuales en México —decía— es la creencia de que ya existe el tipo de lo nacional y que tal error conduzca a falsear otra vez, en sentido opuesto al europeísmo, la auténtica naturaleza mexicana. Lo mejor, para no equivocarse, es considerar que no existe ningún modelo de lo mexicano, y obrar sin prejuicios, atentos solamente a identificar los movimientos que nacen espontáneamente de nuestro interior, para no confundirlos con los impulsos que, aun cuando están en nosotros, no nos pertenecen. La única forma es una certera intuición que nos haga saber cuál es lo propio y cuál lo ajeno."

El nacionalismo como punto de partida y no como meta; la reflexión, o toma de conciencia, sobre lo propio para entender a los demás, que se perfila ya en Vasconcelos, Caso y Reyes y se continúa con Ramos, da origen a un movimiento que, como señalábamos al principio, caracterizará al filosofar del mexicano. A la pregunta concreta ¿qué es México y su cultura? ¿qué es el mexicano?, se da un solo tipo de respuesta: México es sólo una parte del mundo y su cultura expresión concreta de la cultura universal, como lo son las culturas de otros pueblos. En cuanto al mexicano, éste no es, ni más ni menos, que un hombre. Un hombre con unas determinadas posibilidades e impedimentos. Un hombre en circunstancia, en situación, que enmarca sus posibilidades y señala sus impedimentos. Y en esto no es, tampoco, ni más

ni menos que otros hombres. El ser así, y no de otra manera, es lo que le hace ser semejante a otros hombres, ser su igual.

El mexicano sabe, así, que es algo más que un mexicano, un hombre entre hombres; y en este sentido tampoco es inferior a hombres de otras nacionalidades, de otras culturas, de otras razas. Simple y puramente un hombre ligado, de una manera o de otra, al resto de los hombres que forman la Humanidad en que se pone a prueba toda auténtica universalidad. Y es a partir de esta toma de conciencia que el mexicano inquiere por su papel en esa comunidad que trasciende su nacionalidad. Y reclama un puesto en esa comunidad, como lo hiciera ya otro de los mexicanos que han reflexionado, como Vasconcelos y Ramos, sobre las posibilidades del hombre de México, Alfonso Reyes, que lanza aquel ya clásico: "Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocednos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros."

En este encuentro del mexicano con su propia humanidad se ha tropezado con el europeo, que, a su vez, empieza a romper las murallas que le separaban de la auténtica humanidad y empieza a reconocerse en otros hombres a sí mismo. La filosofía europea, decía al iniciar este trabajo, que ha dado a Vasconcelos, con Spengler, a Ramos, con Ortega, y a otros muchos con el historicismo y el existencialismo el arsenal de conceptos, y los métodos para descubrirse a sí mismos; tenía que dar también, necesariamente a sus creadores, a los europeos, conciencia de sí mismos en relación con otros hombres rompiendo las murallas que se lo impedían. Unos y otros, mexicanos y europeos, latinoamericanos y occidentales, se encontraban en este punto y podían reconocerse como semejantes para iniciar una etapa, en que podrían poner fin a complejos de superioridad e inferioridad.

Esto es, por primera vez nos encontramos en Latinoamérica en la misma situación que el europeo, que ha reconocido en la humanidad de los otros hombres su propia humanidad. El poeta Octavio Paz ha podido expresar esta situación al decir que el mexicano, tan amante de ponerse máscaras que encubrían su humanidad, se ha quitado al fin la última máscara tras de la cual sólo queda el hombre. "No nos queda sino la desnudez o la mentira —dice—, pues tras este derrumbe general de la Razón y la Fe, de Dios y la Utopía, no se levantan ya nuevos o viejos sistemas intelectuales, capaces de albergar nuestra angustia y tranquilizar nuestro desconcierto, frente a nosotros no hay nada. Estamos al fin solos. Como todos los hombres. Como ellos vivimos el mundo de la violencia, de la simulación y el ninguneo: el de la soledad cerrada, que si nos defiende nos oprime y que al ocultarnos nos desfigura y mutila. Si nos arrancamos esas máscaras, si nos abrimos, si, en fin, nos afrontamos, empezamos a vivir y pensar de verdad. Nos aguardan una desnudez y un desamparo. Allí en la soledad abierta, nos esperan tam-

bién la trascendencia: las manos de otros solitarios. Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres." Esto es, formamos parte de ese nuevo humanismo que en Europa y en América, en Asia y África, se va perfilando y del cual son adelantados, en nuestro país, los Vasconcelos, los Ramos y otros más que les antecedieron o han continuado, o continúan, por la línea filosófica por ellos iniciada.

LEOPOLDO ZEA